



por Carlos Real de Azúa

## LAS DOS DIMENSIONES DE LA DEFENSA DE PAYSANDU

A la memoria de José Hernández que quiso defender a Paysandú pero llegó tarde.

● El 2 de enero de 1965 se celebrarán en Paysandú diversos actos conmemorativos del centenario de la caída de la plaza en manos de las fuerzas de Flores y Tandararé y del fusilamiento de Leandro Gómez y sus compañeros. Se ha anunciado que se oficiará una misa, que se realizará un desfile, que —como es previsible— se pronunciarán numerosos discursos. El 2 de enero —también— la prensa blanca recordará (emocionada) el hecho y seguramente José Monegal le dedicará

Y eso será todo. La Comisión de próceres y descendientes designada por el Ejecutivo para preparar el problema de las fiestas no parece haber tenido gran imaginación. El traslado de los restos, el mausoleo saldrán —como casi todo— a deshora. Si es que salen. Cierzo es que la fecha no puede caer de modo más desafortunado. Entre las dispepsias del pan dulce y el mal champán. Entre los aguinaldos por cobrar y el inminente veraneo, para casi todos difícil.

Hay también razones más profundas. Si a las celebraciones del Centenario se les ha dado un carácter municipal —y no digo que espeso— es porque no se les ha querido dar carácter partidario o carácter nacional. Acontecimiento zarandeado entre los dos partidos tradicionales, como todos los de nuestro pasado, La Defensa y rendición de Paysandú ha merecido, sin embargo, del lado colorado, elogios y hasta admiraciones

que ningún otro ha suscitado. Esta circunstancia parecería ofrecer pie a la actitud que configuran las palabras del Ministro de Instrucción Pública al inaugurar los trabajos de la Comisión organizadora (diarios del 15 de abril del cte. año). Según ellas, Paysandú construye una gloria nacional y no el fasto de un partido, lo que sería posible afirmar —siempre a estar al texto— trayendo a colación una larga serie de gestos colorados de reconocimiento hacia hombres y figuras del bando opuesto. En su buena y cordial intención, las palabras del Ministro parecen haberse saltado la no pequeña distancia que media entre que A. reconozca un mérito de B. y B. decreta que A. debe compartir y reconocer sus merecimientos. El sectarismo partidario ha decidido que no poseamos los uruguayos otro plano de concordia histórica que el artiguismo (lo que no es poco) y ampliar ese plano, o multiplicarlo, no resulta cosa que quepa

en los alientos del presente país oficial.

### II

La cuestión, con todo, merece ahondarse todavía. Si, muerto Herrera, el Partido Nacional nosabe qué hacer con su pasado, salvo poner los ojos en blanco y decir que fue heroico y, si la nación misma no es capaz de "tener un pasado", es porque ni uno ni otra parecen tener un futuro. Claro que los términos de esta proposición, tan aparentemente provocativa, merecen una aclaración. Cuando me refiero a "un pasado", entiendo por él algo de lo que T. S. Eliot llamaba "un pasado útil", es decir: inteligible, capaz de sustentar, de dar sentido, a una faena histórica y nacional proyectada hacia adelante. Cuando digo "un futuro", miento una cosa distinta a esta mediocre certidumbre de seguir vegetando como colectividad, a este tembloroso

una enésima nota de su interminable serie sobre la Historia del Partido Nacional. Y si se reuniera el Senado ocurriría una nueva vuelta de la polémica oral entre Haedo y González Conzi. El 2 de enero —también— como desde hace tantos años, correrá, importantísima, desde Camino Cuchilla Grande hasta el Palacio Legislativo, la Avenida General Flores. Y, desde la Rambla Portuaria a la Rambla Sur, la calle Bartolomé Mitre. El 2 de enero —también— seguirán en su ritmo suburbano, en su empedrado modesto, las callecitas Leandro Gómez, Lucas Píriz, Emilio Raña, Comandante Braga, todas ellas confinadas, como por mano de una voluntad irónica, al ambiguo prestigio de la vecindad del Parque Central

subsistir de dos millones y medio de existencias individuales, a esta gris, tenue esperanza en un "desarrollo" que sabemos no ser capaces de promover, que descreemos (felizmente) que alguien nos lo obsequie.

De este no tener un pasado por no tener un futuro —y la determinación recíproca en ello implicada— es que sufrirán, por encima de toda otra cosa, los festejos del Centenario de la Defensa de Paysandú.

Y no deja de ser una lástima. Hay que imaginarse lo que hubiera sido en Cuba, Egipto, Argelia o China Popular, lo que hubiera sido en cualquier nación del mundo periférico que ha llegado a ser dueña de sí misma, la recordación de un suceso de tan claro heroísmo, de tan límpido perfil, de tanta (sobre todo) plenitud de significado.

Además, de celebrarla hasta el fondo, si nos hubiera pesado conmemorarla frente a un Brasil nacional,

— Pasa a pág. siguiente —

(Viene de pág. anterior)

frente a una Argentina justa, independiente y soberana, ¡con qué ímpetu habríamos podido hacerlo frente a sus gorilajes militares y civiles!

Habría que decir, incluso, que si el período artiguista, como un todo, es más rico de sustancia, ningún acto, ningún acontecimiento dentro de él se parangona con la belleza y la sensibilidad de sustancia humana que hacia los últimos meses de 1864 y el 1 y 2 de enero de 1865 se convocaron en el recinto sanducero. Un acto, un episodio, si se quiere, pero, para emplear la muy transitada antítesis de Eugenio D'Ors, no una anécdota sino una categoría.

III

CUANDO aclaraba que lo que no teníamos era un "pasado inteligible", sabía, perfectamente, que esto, a su vez, podía exigirme una nueva aclaración. Y para poner un ejemplo, ninguno mejor que el que ahora me ocupa.

Como de otros períodos de nuestra historia, y aunque subsistan oscuridades —sobre los gobiernos de Berro y de Aguirre, sobre la invasión de Flores, sobre los dos sitios de Paysandú se posee un respetable caudal de hechos bien establecidos. Tiene un variable significado político, social, internacional, militar, psicológico. Cierta tipo de historiografía —y la de esta conmemoración pertenecerá casi toda a ella— se atenderá a estos hechos y a esos estrictos significados. Enseguida trataré de resumir lo que alegará pero, antes de hacerlo, me adelanto también a señalar que negará como lo hace siempre —con displicencia, con sorna, a veces con odio— todo otro significado más amplio, más lato, más ambiciosamente esclarecedor. En el espectro de la historia se toma cierto meridiano de fenómenos. Y se deja —o se declara ilegítimo— todo lo que queda a sus costados: la microhistoria y, especialmente, la macrohistoria (o lo que suele llamarse erróneamente "filosofía de la historia").

Pero el tema daría para mucho. Vayamos a lo nuestro.

Una estricta evocación historiográfica señalará en el ataque, defensa y caída de Paysandú, la desproporción de las fuerzas: un puñado de hombres, de un lado; las tropas de Flores, la escuadra de Tamandaré y las municiones del Arsenal de Buenos Aires del otro. Podrá subrayar, dramáticamente, el falso anticlímax, el engañoso respiro, de la interrupción temporal del sitio. O el frustrado arribo de los socorros de Saa. O el sórdido fin de Gómez y sus compañeros, con la aparente prescindencia de Flores, la saña de Goyo Suárez, la torva ejecutoria de Belén.

En un radio más amplio, esa estricta evocación —y no sería tarea nueva— podría destacar muchos hechos, causas, circunstancias. La insinceridad de los móviles de la revolución de Flores y su desembarco en abril de 1863. Su casi póstuma solidaridad con la revolución de los

conservadores que terminó en Quinteros y que él, en su hora, desaprobaba como desaprobaba y aun detestaba a sus actores y promotores. La falsedad de su alegada proscricción y de la presunta humillación a que se le sometía para reincorporarlo al escalafón militar, como lo probó Florentino Castellanos en su entrevista con Mitre en oportunidad de su misión ante Jacinto Vera y Monseñor Marini.

Podría destacar el desamparo popular en que se movió la empresa de Flores hasta que sus correligionarios de olfato fino percibieron el decisivo respaldo que Brasil y Buenos Aires le iban a prestar. Su llegada a las costas del Uruguay con tres compañeros ha sido mostrada como una locura heroica parangonable con el cruce de los Treinta y Tres. Pero también, desmiente en buena parte la presencia de una masa proscrita de colorados en el litoral argentino, de una masa que, de existir, le hubiera acompañado. Vaga después por el país durante más de un año, sin otra posibilidad que su eficazísima táctica de desmarcación, sin otros contingentes que mercenarios y aventureros riograndenses, desaprobado por las levitas de su partido, repudiado por todos, sólo libre e ileso gracias a la memorable incapacidad de los generales de Berro: Olid, Moreno, Lamas.

La apología conmemorativa podría destacar asimismo —como lo ha hecho a menudo— la calidad del gobierno contra el que Flores insurgió. Desde los "Anales Históricos" de Eduardo Acevedo, ninguna presidencia de nuestro siglo pasado ha merecido los elogios que ha suscitado la de Bernardo Prudencio Berro. Progresista de gran aliento, legalista hasta el suicidio, decente hasta lo puritano, estricta hasta la cominería, ordenada hasta la manía, extrapartidaria, supra-partidaria hasta la más inverosímil prescindencia.

Y contra ella y la de su sucesor Aguirre confabuladas la inquina y la intervención de Buenos Aires y del Brasil. La de Brasil nadie la discute y fue descarada. Comienza con el juego dúplice de todas las "diplomacias sutiles": Mauá es el banquero de Berro y desaprueba la revolución, desde Río Grande se alienta la acción de Flores. Este aliento y los abusos connaturales a una acción militar provocan represalias orientales y hasta algunos excesos: Acevedo ha escrito varias de sus mejores páginas sobre cómo se reclamó por ellos. Cómo se inventaron agravios, o se inflaron, o se resucitaron otros antiquísimos, o se siguieron esgrimiendo muchos ya satisfechos. Todo con una mezcla de hipocresía y prepotencia que causa náusea, porque nada se decía del abierto apoyo brasileño a la empresa florista o se le hacía un gesto de retorsión por esos mismos presuntos agravios. Después, cuando las banderillas no funcionaron bastante, se entró a matar. La escuadra, y las tropas de tierra y la diplomacia se sacaron del todo la (ya casi) invisible careta.

La intervención porteña fue infinitamente más cautelosa y, en ver-

Real de Azúa, continuación

# El mayor traidor

dad, más páfida. Acevedo, cuya educación fuera costeada por el gobierno de Buenos Aires, es igualmente inequívoco sobre ella. No hace mucho en "La Nación", el señor León Rebollo Paz (uno de esos escribas especializado en el elogio del héroe de la casa que el diario de Mitre siempre ha tenido) publicaba la carta de Flores a Mitre del 16 de abril de 1863, en el momento de iniciar su empresa (Suplemento, 18-8-1963). De paso el señor Rebollo hace presidente del Uruguay en ese momento a Anastasio C. Aguirre (sic) y convierte a Flores, que se fue del país durante el gobierno de Pereira, en un "expatriado" por Aguirre. Dígame de paso: el nivel historiográfico de "La Nación" ha descendido bastante. Pero volvamos a la carta de Flores. De ella parecería desprenderse que ninguna convivencia inicial existió entre Flores y el, desde 1862, presidente de los argentinos. Pero también Fermín Chávez, el valioso historiador del litoral, ha documentado aún más recientemente en el boletín del "Instituto Histórico Juan Manuel de Rosas", la entrega de seis mil onzas a Flores por José Gregorio Lezama, mensajero de Mitre, poco antes de iniciarse la invasión, en la estancia "La Perfidia" (nombre simbólico) que Flores administraba. El carácter cauto y solapado del patricio porteño no hace nada difícil la gestión de este documento absolutorio mientras, eficazmente, encarrilaba los hechos en la dirección que deseaba. Y la reciente publicación de la correspondencia de Mitre y Elizalde (Universidad de Buenos Aires, 1960) abunda en tonos de un desenfado con frecuentes caídas en el cinismo, que dice mucho más que las palabras mismas. En carta a Elizalde de 1863 (pág. 89) ya decía el futuro historiador de Belgrano que algo muy serio sería necesario hacer con el Uruguay (mientras daba garantías de neutralidad al gobierno de Montevideo). Y en otra epístola, del 6 de diciembre de 1863, prometía Mitre a Elizalde estocadas de muerte contra nuestro país. Mantuvo su palabra. La última estocada fue el envío de las municiones del Arsenal de Buenos Aires a la escuadra de Tamandaré en los últimos días de Paysandú. Pero ya antes, bajo la capa, al modo florentino, había lanzado otras.

Mucho más podrá decir la apología defensiva. Señalar, por caso, la insinceridad —¿por qué no decir de nuevo: la hipocresía?— de aquel verdadero "complot arreglista" que buscó desarmar la resistencia del país y al que tantos —inconsciente o insidiosamente— colaboraron. Buscaban la paz de todo trance los mismos que habían contribuido a traer la guerra al Uruguay. Ponían en pie de igualdad a gubernistas y revolucio-

narios, fuertes e intocados éstos, empujados sobre el apoyo brasileiro y porteño. Proponían la solución de ministerios variables, pero todos signados por la actitud entreguista. Los nombres que rodaban: Tomás Villalba, Juan Miguel Martínez, Florentino Castellanos, estaban casi todos unidos por relaciones logísticas con los hombres de Buenos Aires; sobre todo el último, devorado por la ambición de ser presidente y que era el agente secreto de aquéllos en el gobierno de Aguirre, según la citada correspondencia de Mitre y Elizalde (pág. 100). El 7 de junio de 1864, Elizalde le escribía a su jefe desenfadadamente que (su) plan es pues no hablar de bases sino de arreglos y hacer escribir que los que no quieren el arreglo son unos monstruos. Sólo unos pocos hombres de oscuro o lúcido instinto americano aceptaron entrar en esta categoría; son la luz de esa hora tenebrosa: Jacinto Susviela, Antonio de las Carreras, Octavio Lapido, Juan José de Herrera, el mismo Atanasio Cruz Aguirre hasta casi el fin. Predominó el bando de Lamas y sobre todo prevalecieron las intenciones de los "mediadores": Thornton y Lettsom por Inglaterra, Saraiva por Brasil, Elizalde por Buenos Aires. De ellas hablaré enseguida. Lo cierto es que Montevideo, tras Paysandú, se rindió sin lucha. La ciudad, que como se había probado veinte años antes era perfectamente defendible, se entregó a Flores y Tamandaré. La fuerza de los grandes importadores y registreros ingleses, de los tenderos franceses y de los artesanos italianos prevaleció sobre el estupor y la indignación de la población uruguaya. Aquellos no querían ver bombardeadas de nuevo sus tiendas, sus depósitos, sus barricadas y al "traidor Tomás Villalba", como lo llamó Antonio Pereira con todas sus letras, le tocó presidir el gobierno. La rapidez de los hechos desarmó los ánimos y una sola mujer, hija de Ignacio Oribe, María Oribe de Muñoz y Maines, tuvo el gesto de quemar una bandera brasileña ante la oficialidad invasora. Las pautas de galantería romántica obligaban a ser tolerantes con los desplantes de una dama indignada. Pero a niveles más bajos la cortesía no fue tan perfecta. Una pequeña parte de la población de Montevideo concurrió al "baile de la victoria". Con pesar, con dolor, leí un día que mi abuela había estado en él, vestida de blanco, con una banda roja de terciopelo cruzándole el pecho adolescente. En ese baile, el negociante John Le Long, de oscuro pasado y Carlos de Castro, nueva luminaria de la situación, pronunciaron brindis llenos de Libertad, Progreso, Civilización y otras floridas monsergas

IV

PROBABLEMENTE, todavía, esa estricta historiografía que estoy previendo, subrayará un hecho tan conocido como obvio. El avasallamiento de la soberanía uruguaya representó, más que otra cosa, el prólogo, el inexorable proemio del ataque y arrasamiento del Paraguay. Con un litoral y un centro argentinos simpatizante de ambas y abrumadoramente hostil a los planes de Buenos Aires, con un gobierno nacional en el Uruguay, era tremenda la peligrosidad de una irrupción hacia el sudeste de la relativa pero sólida potencia militar paraguaya. La presencia platense del Paraguay podía, por sí sola, poner contundente fin a los planes de Mitre de "nacionalizar" la Argentina bajo la conducción y el exclusivo provecho de Buenos Aires. También de poner fin a la añeja aspiración brasileña de abrirse una vía fluvial hacia el interior de Sudamérica.

PANTALON  
**Lavi-Listo**  
EN ACROCEL  
SE LAVA Y...  
¡NO SE PLANCHA!

EXCLUSIVIDAD  
**EVERFIT**

VERIFIQUE QUE LAS LEGÍTIMAS Y AUTÉNTICAS PRENDAS EVERFIT LLEVEN LA ETIQUETA BORDADA ESTO LE REPORTARÁ "DOBLE SEGURO DE COMPRA"

# de nuestra historia

Se han recordado no hace mucho las ambiciones expansionistas de Buenos Aires y los textos, bastante impresionantes, que las documentan. También en su memorial del 22 de noviembre de 1962, con Mitre de flamante presidente, se fijaba la meta de *fomentar y consolidar la reconstrucción de las nacionalidades de América, que imprudentemente se han dividido y subdividido*. La sintaxis de los documentos mitristas es siempre penosa, pero la indirecta (a lo Tardáguila) no tiene otro blanco que el Uruguay y el Paraguay. No creo, sin embargo, que el principal móvil de este programa haya sido un apetito clásico de expansión, de más tierras a poner bajo una soberanía. Pienso que tal vez incluso la élite mitrista lo haya supuesto así pero que, si se rastrearán las razones subconscientes de la actitud, ellas estarían en que esas —Paraguay, Uruguay— eran las zonas peligrosas, las áreas desde las que podría formalizarse otra alternativa político-social que aquella que la oligarquía dirigente porteña propugnaba. No otra cosa había ocurrido en tiempos de Artigas y entonces lo secundario de toda magnificación del territorio se había marcado netamente: mejor Le Cor que Artigas en la Banda Oriental (o que cualquiera, incluso los porteños, como trató de imponerle Manuel José García).

De cualquier manera, ya antes de la entrada en Montevideo, Flores estaba ligado por compromisos solemnes a acompañar la aventura brasileroposteña contra el Paraguay. El odio del país a la empresa se marco enseguida, y los mil quinientos hombres que eran la cuota oriental fijada, hubo que sacarlos de las cárceles. Cuando sus ímas, palúdicos, diarreicos, haraposos, volvían al Uruguay, la gente los miraba con una mezcla de piedad y de asco. En cierta ocasión, de un contingente de cuatrocientos volvieron cien. Traían, en cambio, trescientas concubinas. Carne barata para los prostíbulos. Los paraguayitos y las paraguayitas también sobraron. Para aplicar conscoirones, cebar el mate y tironear de las botas, los heroicos legionarios de Flores y sus familias tuvieron abundante mercancía. En lo floresta paraguayaya, con todo, el valor oriental hizo milagros. Y entre todas las negruras de la etapa sobrenada todavía la claridad serena del "Diario de Guerra" de León de Palleja. También su humanidad. También la grave mansedumbre con que se acercó a la muerte en lucha por una causa cuya injusticia hacía mucho tiempo que conocía.

Paraguay, al que ya Artigas había querido hacer entrar en el ruedo de la lucha y que se hurtó a ella entonces, como se hurtaría bajo Berro y Aguirre a los desesperados esfuerzos de Herrera, de Lapido, de Vázquez Sagastume, abrió las hostilidades cuando era tarde y había que hacerlo en condiciones desesperadas. Aquella dilación le costó la vida. Porque lo que siguió para él durante un siglo apenas puede llamarse así.

V

**C**IERTO es que en este plano que estoy tratando de delimitar, si la polémica histórica se entabla, hubo y habría respuestas. El recurso a la alianza con poderes extranjeros constituye un fenómeno bastante normal en el pasado iberoamericano y, sobre todo, en la cuenca del Plata. La subordinación de la soberanía del país a impulsos de la voluntad de ganar o de la simple descreencia de nuestras posibilidades de nación independiente tiene numerosos ejemplos. Con no ser estricta-

mente similares a la decisión de Flores, los planes oficialistas de neutralización del país, desde 1856 a 1865, darían mucho que decir.

También podría alegarse la práctica erradicación de la actividad política colorada desde la ascensión de Berro, (especialmente si se le considera un bien en sí), los numerosos descontentos que nunca faltan y el hecho de que la invasión y el triunfo revolucionario, cayere quien cayere, podían aparecer como fines legítimos a hombres enconados y apasionados.

Los defectos del gobierno y del carácter de Bernardo Berro —aunque lo positivo tanto dominen en ellos— han sido materia de alegación. En ciertos pasajes de su obra, Berro parece reunir los defectos más característicos de Artigas y Rivadavia (para hacer referencia a dos antecesores ilustres y cercanos). Envuelto en las mallas del juego diabólico de Buenos Aires y Brasil, desdeña —o no sabe— jugar ese único juego de balanza que podría haberlo salvado. Su



FLORES: EL BRONCE SOBRE EL BARRO

centralismo, sus maneras autoritarias le enajenan las voluntades de lo mejor del elenco gubernista y los falsos problemas, los conflictos laterales van brotando como cizanas vivísimas a los costados de una marcha demasiado rectilínea. En el fragor mismo de la revolución, como el hombre de la enfiteusis, se concentra en los planes más ambiciosos, más lejanos, más postergables de un gran desarrollo económico. Su puritanismo, su minucia, quema o malogra sus energías. Su misma decisión de prohibir las divisas —tan razonable en el fondo— tiene ribetes indisimulables de ingenuidad y de petulancia. Y su propósito, tan lealmente cumplido, de hacer prescindente al Ejecutivo del juego electoral es una de las más crasas señas de utopismo que en aquel tiempo pudieran ofrecerse.

El mundo oscuro de las pasiones, los rencores, los odios parece haber rebullido debajo de él. Y si al sitio de Paysandú, al fin de Leandro Gómez se hace referencia, se podrá recordar que Goyo Suárez llevaba como un recuerdo lacerante el fin de su madre, quemada en el incendio de su rancho de Polanco, durante la represión de la revolución de 1858.

Y se dirá, sobre todo, que Flores era un hombre bueno. La bondad de Flores es una pieza capital de la po-

lémica sobre el 65. Y en verdad que es difícil negarla. Primitivo, impetuoso, violento, capaz de todos los desafueros siempre es posible ver en él un último fondo, radical, de nobleza, de salud de alma, de equidad. Es capaz de avergonzarse y de desdecirse y de poner tras cada abuso un claro gesto de magnanimidad. Arrastrado por la influencia nefasta de su mujer y de sus hijos es, a menudo, consciente de ella y quiere zafarse del lazo que lo ahoga. Pero, más que eso, y especialmente del 63 al 65, Flores representa el hombre que "no se hace cargo de las circunstancias", del hombre que no es capaz de asomar la cabeza sobre la endemoniada complejidad —y nocividad— de las fuerzas que lo remecen. Quiere la torta y le sale un pan. Ama con pasión al país que sacrifica. Trae en sus estandartes el Sagrado Corazón del Jesús y entroniza, una vez victorioso a Carlos de Castro y a Daniel Zorrilla. Hombre esencialmente honrado, instaló en Montevideo, tras su victoria, una administración de la que Gastón Maspero, el egiptólogo, nuestro huésped en esos años, dijera que se había reclutado entre los bandidos más expertos del país.

Pese a tal incapacidad de ver todo lo que estaba en juego, Flores, como el Bruto del discurso de Marco An-

ecuanidad y la bondad de Joaquín Suárez y aumentado la anarquía militar de la plaza. Entre 1853 y 1856 colabora en una anarquía política de radio más amplio y que aproxima al Brasil a sus objetivos de entonces. Durante el gobierno de Pereira se pone bajo el ala de Urquiza y después de la de Mitre y es uno de los jefes uruguayos (junto con Arredondo, con Sandes) que tras la batalla de Pavón colaboran en la repulsiva tarea de exterminar al paisanaje federal, es decir, al pueblo argentino. ¡Qué difíciles de vaciar en el bronce los degüellos de Cañada de Gómez! De la invasión del 63 ya se ha dicho mucho pero, para ceñirnos a episodios centrales ¡qué difíciles de vaciar en el bronce los fusilamientos de Paysandú y los anteriores de Párraga y sus compañeros en la Plaza de Florida!

Cierto, se dirá. Pero durante la anarquía de la Defensa de 1843-51, tuvo el mérito de hacerse eco de la indignación popular contra las prestidigitaciones financieras de Andrés Lamas. Y cuando Cañada de Gómez era un jefe que servía. Y cuando Paysandú, Gómez y los suyos fueron fusilados por Goyo Suárez y por Belén. Y cuando la toma de Florida estaba trastornado por la muerte de su hijo o Párraga y los otros jefes resultaron ultimados cuando ya había llegado su perdón por decisión personal de Eduardo Beltrán, —famosa víctima de Latorre, poco después— según testimonio de actores, recogidos por Rómulo Rossi.

Y a todo podría contrarreplicarse y así hasta el infinito.

VI

**T**RISTES, hermosos, educativos edificantes pueden ser todos estos hechos, este violento fin de un eventual Uruguay independiente. Pero cualquier perspectiva que se detenga en su mero perfil —y esta es la segunda dimensión a que quiero referirme— mutila su significación. Porque estos sucesos sólo son plenamente inteligibles, sólo adquieren la fuerza trágica de ser criaturas de un "fatum" histórico, cuando se los sitúa en un cuadro más vasto de fuerzas y de principios en lucha.

Vayamos por orden. Existe en la conciencia histórica que de algún modo cohonesto la insurgencia del mundo marginal una creencia que es casi un lugar común. Consiste en suponer que la digestión de las naciones de Iberoamérica, Asia, África por las potencias imperialistas de Europa y más tarde por los Estados Unidos constituye un fenómeno de naturaleza ineluctable. Primero habrían tenido que ser la ronda de los despojos de los imperios decaídos, después la penetración, la sugestión, el ejemplo; el asentamiento más tarde, el apoderamiento de las riquezas, la domesticación de las clases dirigentes, la imposición de los patrones mentales. Recién más tarde, consolidado este "status" de hegemonía de las potencias capitalistas del hemisferio norte, la rebelión anticolonial tendería sentido. Recién entonces serían válidos la "modernización" en provecho de los pueblos dominados, la insurgencia contra las burguesías gerentes, la recuperación de la autenticidad cultural y otros impulsos paralelos.

Iberoamérica no representa un caso (lo reconozco) que pueda ser puesto en la misma línea en que se hallan los pueblos de África y de Asia. En las comunidades de cultura y origen extraeuropeos es bastante difícil imaginarse una alternativa diferente a lo que en efecto ocurrió. El caso de Japón —y esto sólo hasta el día de Hiroshima— posee demasiados elementos diferenciales como para que pueda ser erigido en patrón de cualquier tipo de desarrollo. Como recién dije, en cambio, Iberoamérica, de raíz socio-cultural europea, integrante de Occidente, es una experiencia histórica diferente. E Iberoamérica, —como es posible aventurarlo ahora— pudo también recorrer

(Pasa a la pág. siguiente)

(Viene de la pág. anterior)

una trayectoria histórica distinta.

Prefero seguir desde aquí señalando que, habitualmente, los ejercitantes del materialismo histórico se afiliaron a la creencia más arriba perfilada. Para ellos (lo apuntaba yo alguna vez a propósito de Francisco Pintos) sólo serían legítimas las resistencias nacionales una vez que nuestras naciones hubieran sido digeridas por el imperialismo. Por el imperialismo y por sus varios agentes: el capitalismo, el liberalismo ideológico, los módulos culturales de la burguesía, la creencia racista en la superioridad de los pueblos blancos y nórdicos. Sólo entonces y aun bastante después, el surgimiento de las burguesías nacionales y la posterior formalización de las resistencias populares —y por supuesto, todo bajo el distante y benévolo magisterio de la U.R.S.S.—, sólo entonces, repito, la antítesis tendría sentido.

Una esquematización de nuestra historia en rígidas etapas así lo ha decidido, sin que, anotémoslo de paso, un coherente marxismo lo reclame o éste carezca de claves hermenéuticas más sutiles. Sin embargo, en este estado de elaboración doctrinaria, todas nuestras sociedades agrarias y sus correspondientes estructuras se sellan con el signo del "feudalismo" y se destinan a una justa extinción bajo la imposición burguesa.

Muchos retoques se le han hecho pero el esquema subsiste. Muchos, entre otros Germán Carrera Damas, han aventurado dudas sobre este "feudalismo" y esto, como el nombrado, desde una postura marxista. No tengo tiempo de echar aquí mi

cuarto a espaldas. Sólo el de destacar esta terraz vigencia. Sólo la de señalar hasta qué punto corresponde con aquella otra convicción de nuestro sino histórico, mucho más extendida que el propio marxismo. Para poner ejemplos cercanos, en ella encajaba el juicio de Pintos sobre la Guerra Grande. En ella (para venir aún más cerca) el de Alvaro Yunque sobre la Guerra del Paraguay. Porque para este distinguido portavoz marxista argentino, la Guerra del Paraguay era eso: la victoria de las burguesías de Buenos Aires y Río sobre el feudo regresivo de Francisco Solano López. Y lateralmente, la caída de Paysandú, la de Montevideo, quedaban signadas por este esquema.

Ahora, desde este ángulo ideológico, las cosas parecen haber cambiado. Y resulta una buena prueba de ello, el reciente y simpático librito del ya citado Francisco R. Pintos, "La Defensa de Paysandú", editado por "Aquí Poesía" en su serie "Aquí Testimonio". Y como alguna vez me he metido con él, aprovecho para decir que con sus setenta y cinco años, con su medio siglo de militancia obrera, con su modestia de autodidacto, con sus libros, Francisco Pintos ha dicho muchas más cosas importantes sobre nuestro pasado que un montón de empingorotados inútiles. Pero vuelvo a su presente planteo. Para Pintos la presidencia Bernardo Berro y el régimen paraguayo de López serían el ejemplo de un desarrollo robusto, sólido de "burguesías nacionales" decididamente positivas. El progreso económico promovido por la Administración Berro, la unidad nacional que sobre la lucha estéril de las facciones quiso imponer, le sirven de elemento demostrativo. Y en el caso del Paraguay, la industrialización y el desarrollo de la siderurgia, sobre todo, ingredientes dejados de lado por anteriores condenaciones marxistas. La configuración total no es rica y aun diríase que todavía peca de geométrica. Porque hay más conglomerados dirigentes entre el cielo y la tierra que los que prevén las líneas de un marxismo simplificado y poco tenían de burguesías nacionales el patriarcalismo agrario-industrial del Paraguay y el patriciado urbano-campesino que en torno a Berro se congregó. Discutibles o no los rótulos de Pintos, lo son mucho menos los de las fuerzas que Berro y López hubieron de enfrentar: la gran burguesía unitario-comercial de Buenos Aires y la monarquía feudal-esclavista del Brasil, unida a los terratenientes probrasileños del norte del país y de Río Grande, los Netto, los Canavarro, señores de horca y cuchillo apenas traspuesta la orilla norte de nuestro Río Negro.

VII

LA historia es un cementerio de posibilidades frustradas y el drama —en último término local— del Paraguay y Uruguay del 65 lleva a pensar si no existió una vía histórica eventual, un camino distinto a aquél en el cual Europa y después Estados Unidos dirigieron el mundo periférico en su principal provecho.

Vale la pena reflexionar lo que esa vía pudo representar, qué elementos le hubieran dado dirección. Por lo pronto una cauta utilización de las técnicas, la cultura, los patrones, los contingentes humanos de Europa. Pero esto sí; sin deslumbramiento, con sentido de la medida, con conciencia de lo que tras de ellos se escondía, con aptitud de integración a lo que ya éramos. También trabajo empuinado e intensa actividad económica, concentrando lo decisivo del esfuerzo en promover esos primeros complejos minero-industriales que darían vida e impulso a todo el conjunto. Y relaciones cordiales con todas las naciones pero desconfianza a todas y una estricta actitud de guardia frente a sus previsibles apetitos. Y formas generosas de integración comarcal con las comunidades de similar condición, que, al tiempo que ensancharan los potenciales mercados de consumo cerraran las brechas a todo divisionismo y al ataque exterior. Naturalmente, formas polí-

tico-sociales avenidas con la realidad y no tomadas del último, prestigioso figurín. Y, presidiéndolo todo, la unidad inexorable del pueblo. Lo que quiere decir, también, la contención de toda escisión artificial, de toda inútil multiplicación, la escrupulosa vigilancia sobre esos sectores poderosos y sobornados —o seducidos— por el brillo distante de las metrópolis. Y, todavía, muchos etcéteras.

Que hubo en nuestra América barruntos, signos incipientes de una actitud de este tipo, el caso de nuestro artiguismo debería bastar para probarlo. El artiguismo, limpio de algunas apariencias engañosas, constituye, en verdad, un paradigma. Pero ¿no hubo otros? ¿Acaso el Chile portailano, la Argentina federal o el México en que Alamán cumplió su tarea? Siento que dos, por más lejanos y, sobre todo, los tres por más ambiguos, son extremadamente discutibles. No es muy fácil encontrar en América hispánica un equivalente al Japón de los Meiji, un caso de absorción de técnicas sin enajenación del alma. El desarrollo mismo de los Estados Unidos, izados a primera potencia mundial al socaire de Europa, sólo puede valer para la estricta posibilidad geográfica extraeuropea; en todo lo demás: espíritu, cultura, técnicas, recursos naturales, aquéllos se hallaban mucho más cerca del centro del nuevo mundo industrial que de nuestros países.

¿Fue que faltaron decisivas concentraciones de capital, de capacitación técnica, de espíritu acumulativo, de empuje empresístico, para que la primera "modernización" se cumpliera en otro beneficio que el de las metrópolis? Sobre los ejemplos recién traídos, el México de Porfirio Díaz, el Chile de Anaconda y Kennecot, la Argentina, de Roca a Castillo, el mismo Japón posterior a 1945 parecerían responder afirmativamente a la pregunta.

Pero todavía vale la pena mirar a la cuenca platense del 65 y al enigmático Paraguay.

Desde Rodríguez de Francia, la "China americana", como la llamó Maillefer, se había cerrado celosamente a la irrupción extranjera. Y es sabido que hacia esa altura de la historia, el grado de civilización que a una nación atrasada se confería estaba medido por el entusiasmo con que recibiera a los mercachifles extranjeros. Con una clase superior casi siempre en jaque y, en su mayor parte exilada, Paraguay estaba más lejos que ninguna otra nación iberoamericana de la maldición del latifundio: restadas las tierras de los productores de mediana magnitud, la mayor parte de ellas pertenecía al Estado, que tenía así las manos libres para promover una agricultura de plantación de gran calado. Pero esta nación enclaustrada, sobria, modesta, gris, que vivía desde hacía medio siglo bajo gobiernos unipersonales (primero el durísimo de Francia, después el blando y humano de Carlos Antonio López, por último el de su hijo), esta nación que no conocía ni la agitación de una prensa virulenta ni las dentelladas sin fin de las facciones políticas, estaba internándose en un proceso de industrialización incipiente pero efectivo. Elaboración del hierro con técnicos vascos (uno de ellos ascendiente del famoso Ynsfran), ferrocarriles, astilleros, todo ello muy primario, muy tosco pero paraguayo. Todo ello sin las descomunales regalías que en toda América la iniciativa europea solicitó —y obtuvo— para llevar adelante cualquier tipo de promoción económica.

Se comprende la etiqueta que en el mundo iberoamericano del 60 obsecido por la fe en los patrones de vida europeo un régimen de tal índole podía merecer. Como hoy, contra toda nación que se libre del yugo se invoca la Democracia Representativa y el Occidente Cristiano, entonces se invocaron la Libertad y la Civilización. Predeterminado o accedido el estallido de la Guerra del Paraguay, una larga campaña periodística y oratoria había dado en Río

Real de Azúa, continuación.

"El

y, sobre todo, en Buenos Aires los móviles doctrinales del inminente genocidio guaraní.

El Uruguay de Berro no presentaba esa simplicidad de líneas, no poseía esa originalidad tan concentrada. Muchos rasgos secundarios, muchas imprecisiones hacen más complejo un dictamen. Pero en todas las actitudes implícitas que explican sus decisiones fundamentales en lo interno y en lo externo, late una visible simpatía hacia esta búsqueda de formas propias que el Paraguay representaba. Su orden administrativo, su celosa defensa de la soberanía, su preocupación por el crecimiento económico no eran las habituales. Y una nota aún más caracterizadora la constituye su inicial condenación de las divisas, su condenación de los odios de facción que habían desgarrado el país, su énfasis en la unidad política y cordial de la nación. Un cursi romanticismo historicista supone que la fuerza de las divisas tradicionales fue, poco menos que desde los tiempos de Zapicán, incoercible. Y por incoercible, nulos y utópicos los esfuerzos que en nuestra historia se realizaron por superarlas, por integrarlas, por ofrecerle al país un señuelo, una empresa más ambiciosa y limpia. Incapaz de concebir la "historicidad" de los partidos políticos múltiples según la fisonomía que el siglo XIX les dio, ese romanticismo decreta la radical inviabilidad de toda otra alternativa. Hoy, sin embargo, sabemos que un país periférico que tiene que desarrollarse y defenderse no puede funcionar entre las rencillas inacabables de las castas políticas, tan a menudo corrompibles, tan a menudo sobornadas por los intereses antinacionales. En lo que al Uruguay toca, valdría la pena discutir por qué una tentativa tan sana como la de Berro no tuvo éxito; no creo en verdad que haya sido la "vitalidad de nuestros grandes partidos históricos" la que la haya decretado. Como en alguna otra ocasión ocurrió, es probable que la fuerza que hubo de officiar de presión, de fundente, no haya sido la necesaria. O tal vez, también, como en todas partes, la agresión exterior fue la causa decisiva. Tomando, claro está, como lema, la reivindicación de los grupos que se decían perseguidos. O constreñidos, o acallados.

Sería posible o no esta empecinada reconstrucción de lo que, en algún poema juvenil, Berro llamó los fraternales vínculos estrechos. Pero es más que cierto, en cambio, el que, en sus esfuerzos por lograrla, algunos violentos dualismos que operaron en nuestra historia parecen atenuados hasta la insignificancia. "Doctores" y "caudillos", "campo" y "ciudad", esas antítesis con las que se ha querido explicar nuestro pasado y que resultan tan efectivas diez, veinte años después de aquel período, se diluyen hasta la casi inocuidad durante el lustro que se inicia el 60. Con respaldo en la capital y el interior, con jefes políticos intachables y prestigiosos, aquel presidente estaba en vías de superar —creadoramente— esas tensiones. Y si "el canchombo y el tripotaje", como los llamó Juan Carlos Gómez, se entronizaron después, no fue, ciertamente, por su culpa, que lo hicieron.

VIII

VIABLES o no, lo cierto es que estos barruntos paraguayo y uruguayo de un crecimiento continental no mediatizado fueron barridos a sangre y fuego. Esta es la cruda, simplísima verdad. Como en otras partes, fue la violencia —no el agotamiento interno— la que se encargó de la tarea. Recurrir a la existencia de una conjura, de una conabulación que hubiera estado al tan-

**¡"NUGUETEE" SU CALZADO...**

**... Y LO TENDRÁ SIEMPRE LUSTRADO!**

La famosa Pomada NUGGET imparte un brillo esplendoroso al cuero y lo mantiene flexible durante más tiempo. Compra NUGGET y tenga siempre a mano pues usando NUGGET defiende su calzado.

**POMADA "NUGGET"**

LA POMADA QUE DA MÁS VIDA Y BRILLO AL CALZADO

# candombe y el tripotaje"



to de las alternativas resulta bastante infantil. Entre las astucias de la razón histórica está la de marejarse con la inconsciencia, con la ceguera e irresponsabilidad de los hombres. Si viéndolos desde fuera es habitual que los protagonistas de los grandes sucesos actúen como títeres movidos por fuerzas que no conocen, que no son capaces de otear, en el tremendamente más intensa que en las metrópolis. Allí también cada uno baila al son que le tocan, pero mundo periférico esa impresión es ese son le llega desde distancias inmedibles. Basta decir que eran de origen anglo-europeo y que cohonestaban de muy efectivo modo la irrestricta penetración imperialista, las modalidades ideológicas, las fuerzas que lograron erradicar esa tentativa de desarrollo autónomo que he tratado de esbozar. El liberalismo político y el librecambismo, la masonería y el romanticismo burgués, el unitarismo nacionalista, la fe en Europa y la Civilización actuaron solvemente. Que tantos rubros de ese conjunto —caso del librecambismo— impregnaran a las propias víctimas no altera el cuadro de significados y sólo nos da una medida de su formidable poder.

Algunos historiadores revisionistas argentinos han tratado, previsiblemente, de hacer a Inglaterra cabeza de aquella eventual conjura. Y es cierto que la actitud inglesa durante todo el período es, por lo menos, ambigua. Thornton y Lettson aparecen siempre en postura de conciliadores pero en decidida vertiente proflorista. La marina inglesa facilitó una cañonera para entrevistas decisivas entre los agresores. ¿Basta esto? También la cancillería inglesa es la que deliberadamente provoca la reacción masiva de América al dejar filtrar los términos decisivos del Tratado de la Triple Alianza. Y aun todo esto podría matizarse. Pero son los resultados objetivos los que importan y no los designios de los hombres. Los resultados objetivos fueron ofrecer en toda la cuenca del Plata los cuadros de un desarrollo mediatizado, —“umbilical”, “hacia afuera” como hoy se dice— que Gran Bretaña llenó. Y todo lo demás es secundario.

Por eso, la circunstancia de que Brasil y Buenos Aires hayan sido los autores de esta obra no debe oscu-

recer su perfil esencial. Florida, Paysandú, Montevideo y la campaña de Paraguay entera no fueron episodios de esas contiendas alocadas y sin norte que la anarquía y el despotismo americanos promovieron, que el divisionismo estatal facilitó. Es otro signo el que las preside. El que presidió otras gloriosas derrotas. El almirante Hotham, por ejemplo, rompiendo en 1845 las cadenas del Paraná en la Vuelta de Obligado. O los cadetes de la Escuela Militar de México masacrados dos años después por las tropas del general Winfield Scott contra las murallas de basalto de Chapultepec, como alguna vez recordó Martín Luis Guzmán.

## IX

SI esto se entiende así, los fenómenos —sin perder su carnal densidad— se hacen desusadamente transparentes. Ofrecer esos cuadros a un “desarrollo mediatizado” suponía en el Plata la nacionalización de la Argentina bajo la dirección de Buenos Aires y suponía también —ya lo he dicho demasiado— la erradicación de la alternativa Uruguay-Paraguay-Litoral argentino. La defensa, el martirio, la caída de Paysandú, “la cruzada” antiparaguaya, sólo en esta dimensión adquieren su cabal significado. La reconstrucción nacional bajo las ideas de Buenos Aires, como definía Mitre su empresa en carta a Elizalde (29-10-1861) no podía negociarse ni compartirse. Tulio Halperin Donghi, en alguna de sus luminosas clases, ha vinculado la labor historiográfica de Mitre a su política nacionalizadora, realizada con el instrumento de poder de Buenos Aires. Están ahí, sin duda, en la fórmula, los dos términos insoslayables: efectiva nacionalización de la Argentina; concentración de poder (militar, cultural, económico, financiero) de Buenos Aires. Lo que valdría la pena discutir es el modo en que se inscriben instrumento y fin, esto es: si el mitrismo —o el unitarismo liberal— usó el poder de Buenos Aires para nacionalizar la Argentina o si nacionalizó la Argentina para imponer la hegemonía de los médulos porteños.

No hace mucho, yo mismo ponía en una línea las implacables tareas nacionalizadoras de Lincoln, de Bismarck y de Mitre, tan estrictamente contemporáneas. Pero las diferencias

son también notorias. Hay tras el más mínimo gesto de Lincoln un sentido concreto de humanidad, una visión coral y abarcadora de la existencia norteamericana, una efusión y una generosidad que falta radicalmente en sus coetáneos. En Bismarck la tarea prepara la puesta en forma de una gran potencia europea, capaz de actuar protagónicamente en las duras pugnas del poder del apogeo capitalista. En la faena nacionalizadora de Mitre no es posible señalar en cambio, ni una ni otra dimensión. Y sólo, tal vez, como lo sostenía su ya tan citado canciller Elizalde en su nota del 22 de noviembre de 1862, la última, radical, indarraigable fe de que los países americanos debían vincularse con Europa, en vez de crear obstáculos al libre intercambio de comercio e inmigrantes y buscar la paz y tranquilidad internacional en arreglos particulares en lugar de un sistema continental. O también: Evitar el antagonismo con los gobiernos y pueblos de Europa y atraer por el contrario todas las fuerzas y elementos que poseen, para desenvolver nuestros medios de prosperidad y poder.

Sé que estas fórmulas eran prácticamente las de todos. Sé que los propios rivales letrados del mitrismo las compartían. ¿Por qué no? Pero lo que yace tras su decorosa sencillez no es la posibilidad de un desarrollo autónomo ni el destino de una gran potencia mundial sino el “status” semicolonial que por un siglo más comenzaba a formalizarse.

## X

CON todo, se quiere sostener que la Defensa de Paysandú consolidó la independencia nacional. Iruche lo ha hecho y lo ha reiterado, incluso, la palabra oficial. Déjese de lado el persistente panglosismo humano, que trata de encontrar algo positivo en todas las calamidades. Porque la Defensa fue seguida por una caída y ésta es la que se inscribió efectivamente en la historia. Si a los prodigios de la Defensa misma hubiera sucedido un movimiento unánime de entusiasmo, fraternidad, repudio al invasor, sea, en verdad, algo de eso, un horror, una indignación difusa recorrió seguramente las profundidades del país. Pero también es cierto que los nue-

vos dueños de la situación sancionan severamente gestos tan pacíficos como celebraciones religiosas de la memoria de Leandro Gómez. También es cierto que treinta años después de los hechos, cuando las pasiones podían haberse aquietado, muere, en 1898, Juan José De Herrera, que, juvenil canciller de Berro, libró una batalla de retaguardia, desesperada pero habilísima, altiva, valerosa, para preservar la entidad del país. Era la oportunidad para un gesto de reconocimiento, para un cordial impulso de integración suprapartidaria. Pero la comisión legislativa, encargada de dictaminar sobre la pensión atribuible a su viuda, resolvió por mayoría que los merecimientos del muerto no tenían entidad suficiente como para merecer ninguna liberalidad del Estado.

Anécdotas se dirá. Y se recordará también que tras 1865 se dieron arosos episodios de afirmación soberana con Julio Herrera y Obes de canciller. Y el movimiento nacionalizador que en la cultura tuvo sus expresiones en el certamen de la Florida, en la obra de Zorrilla de San Martín, de Bauzá, de Acevedo Díaz. Y se subrayará igualmente que nunca más las fuerzas brasileñas se hicieron presentes en el Uruguay y que la penetración pacífica en el Norte fue el fenómeno —estrictamente social— de una colectividad poderosa y vital que desborda sobre una vecina.

Tiene algo de enigmático el hecho de que cuando Brasil afirmó su hegemonía sobre el Uruguay de modo incontrastable fue para renunciar poco después a su presa. ¿Resultó esto, como se dice con optimismo, una consecuencia ineluctable de la defensa de Paysandú? ¿O lo que ocurrió es que los planteos geopolíticos desinteresaron a Brasil del contralor del Uruguay (de un Uruguay, por otra parte, tan disminuido)? Hoy se sabe que durante medio siglo, por lo menos, la cancillería de San Cristóbal vivió bajo la obsesión del pelagro paraguayo y de la comunicación de la costa con el “hinterland” brasileño. La política frente a Rosas, la mediatización del Uruguay, el propósito de abrirse paso —y asegurárselo después— por el abanico de los ríos, responden a ella. Posteriormente, la destrucción del Paraguay y el desarrollo del ferrocarril, envejecieron, después de 1870, este repertorio de terapéuticas.

¿Tiene algo que ver con ello la Defensa de Paysandú?

Es notable, por otra parte, el desprejuicio con que maneja la historia documentalista conceptos que no son nada unívocos. Uno de ellos es el de “independencia nacional”. Porque se dirá: seguimos existiendo y aun arrojados a una guerra contra la voluntad casi unánime del país, no fuimos Nicaragua ni la República Dominicana, ni una Malta o un Gibraltar brasileños. Siguió oficiando una República Oriental del Uruguay en el concierto de América y del mundo. Formalmente soberanos entre otras soberanías más fuertes, fuimos, sí, independientes, si por tales se entiende la subsistencia de una entidad política diferenciada. Cuarenta años después, gracias a la lúcida decisión nacionalizadora de Batlle, recuperamos para el país, fuertes de riqueza y servicios sociales decisivos.

Todo esto es cierto. Pero no es menos cierto que solos, o en la averiada comunidad panamericana, nada contamos en el mundo. No es menos cierto que crecientemente atornillados a los grandes circuitos de la economía internacional, crecimos sólo lo que se nos dejó crecer. No es menos cierto que sometidos al prisma caudalescópico de los patrones culturales que los países centrales de Occidente promulgan, fuimos meros receptores, dóciles consumidores.

Si todo esto es “consolidar la independencia nacional” los optimistas tienen razón. La Defensa de Paysandú lo aseguró. O tal vez un matiz de horas o de días: la Caída de la plaza. Aunque más no sea, que como un mero símbolo.